

EL HOMBRE DE LA ESQUINA

Estaba muy satisfecho con la vida que me había tocado vivir. Me sentía orgulloso de mí mismo cada día que me levantaba por la mañana. Era joven, había encontrado un trabajo acorde a mis deseos y que me proporcionaba un sueldo que no había esperado ganar a mi edad. Podía permitirme ciertos caprichos y tenía la capacidad de elegir a mis amistades.

Todos los días dejaba mi flamante coche nuevo en el aparcamiento y paseaba mi impecable traje frente a la puerta del supermercado, doblaba la esquina y, tras recorrer el lateral del establecimiento, atravesaba la calle y llegaba a mi oficina al otro lado. Cuando torcía en la esquina del súper, siempre veía a un hombre sentado en el escalón de una pequeña puerta inutilizada desde hacía mucho tiempo, desde que por el interior de la tienda la cegaron con unas estanterías. Aquel hombre invariablemente se encontraba encogido sobre sí mismo, con las piernas recogidas, las rodillas cerca de la cara y una mano sobre ellas con la palma orientada hacia arriba.

Cada vez que pasaba por allí, tanto al ir como al volver del trabajo, el indigente se encontraba en el mismo lugar, en la misma postura. Me había acostumbrado tanto a verlo así, que ya apenas advertía su presencia. Para mí era como un elemento más del mobiliario urbano, como una farola o como una papelera en las que nunca me fijaba al pasar. Bastante tenía yo con mis planes de lo que iba a hacer después de mi trabajo con los amigos o con planificar mis siguientes vacaciones. Cuando veía en la televisión los casos de malos tratos a mujeres o a niños, pensaba que era labor de la policía resolverlos. Al ver los dramas de las familias de los fallecidos por la pandemia, me decía que a mí no me había tocado, que aquello no iba conmigo. Viendo los miles de inmigrantes que se hacinaban en los puertos de Canarias y del Mediterráneo pensaba que lo resolviera quien tenía que hacerlo. Yo tenía suficiente con vivir mi regalada vida y disfrutar de ella.

Un día, al salir de la oficina, recorrí el camino de siempre en busca de mi coche. Al llegar a la altura del hombre de la esquina me llamó la atención algo fuera de lo común. Tenía los brazos caídos a ambos lados del torso y las piernas estiradas sobre la acera, con lo que hube de acercarme al borde para no pisarle. Cuando pasé a su altura, le miré a la cara por primera vez. Él cruzó la mirada conmigo y lo que vi en aquellos ojos me turbó profundamente. Era una mirada de resignación, de quien ha perdido el futuro y ya no espera nada de la vida. Era una mirada que me transmitió la soledad de quien alguna vez había tenido alguien que lo amaba y alguien a quien amar, que había tenido un trabajo, quizá como el mío, una familia, unos sueños, pero ahora lo había perdido todo.

Por primera vez en mi vida me puse en el lugar del otro y lo que vi me horrorizó. Nadie podía garantizarme que algún día no estuviese en el lugar de aquel mendigo. Aceleré el paso hasta el aparcamiento y salí de allí con la cabeza llena de dudas y mis pensamientos dando vueltas en su interior como cuervos en una jaula. Aquella noche me costó mucho conciliar el sueño. Venía continuamente a mi mente aquella mirada triste que me mantenía en vela, aquellos ojos rodeados de arrugas que habían visto mucho más de lo que habrían querido. Ya de madrugada, el agotamiento pudo más que mi cerebro y caí en un sueño inquieto.

Me costó apagar el despertador por la mañana. Traté de mantener mis rutinas de siempre, pero estaba como ido, sin comprender qué me ocurría. Salí hacia mi trabajo y al pasar frente a la puerta del supermercado una idea cruzó por mi cabeza. Entré y llené una bolsa con pan, galletas, fruta, unas latas de conservas y leche con la intención de entregársela a aquel pobre hombre. Cuando salí, doblé la esquina y me quedé parado. El escalón de la puerta que ocupaba siempre el indigente estaba vacío. Miré a todas partes desconcertado por aquel hecho inesperado, pero no lo encontré por ninguna parte. Finalmente, pensando que aún no habría llegado a su puesto, dejé la bolsa en el hueco de la puerta para que la encontrase a su llegada y continué mi camino hacia la oficina.

Cuando terminé mi trabajo, tomé el mismo camino de siempre. Al llegar a la esquina, mi bolsa seguía allí y la encargada del supermercado se encontraba abriéndola con curiosidad.

– ¿No ha venido el hombre que se sentaba aquí todos los días? - pregunté.

Ella, incorporándose y con cara de pena respondió:

– Lo han encontrado muerto aquí esta noche.

Me quedé sin habla. Como yo no respondía, continuó:

– Es una pena que esto – dijo señalando la bolsa - que ha dejado alguna buena persona, haya llegado un poco tarde.

No me sentí como una buena persona, ni mucho menos, sino todo lo contrario. La cantidad de veces que habría yo pasado por delante de aquel pobre hombre sin siquiera mirarle a la cara. Me sentí despreciable, pensando solo en mi banal existencia sin ser consciente de lo que ocurría a mi alrededor. En aquel momento algo cambió en mi interior, como una metamorfosis que me hizo ver las realidades de la vida en toda su magnitud. Desde aquel día sacrifico la mitad de mi tiempo libre y colaboro como voluntario en el Banco de Alimentos de mi barrio y con varias ONG. Desde entonces he descubierto el placer que obtengo ayudando a los demás sin pedir nada a cambio. Mi vida ha dado un giro completo, pero afortunadamente, para mejor.